

OPERACIÓN VALKIRIA

JESÚS HERNÁNDEZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Operación Valkiria
Autor: © Jesús Hernández

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-520-2
Fecha de edición: Septiembre 2008

Printed in Spain
Imprime: Gráficas Díaz Tuduri S.L.
Depósito legal:

Índice

Introducción	11
Al encuentro de la Historia	21
Capítulo 1. La resistencia.....	37
Capítulo 2. Los atentados.....	57
Capítulo 3. Stauffenberg	75
Capítulo 4. La conjura	105
Capítulo 5. Los preparativos	125
Capítulo 6. La Guarida del Lobo	147

Capítulo 7. La explosión.....	161
Capítulo 8. Bendlerstrasse	171
Capítulo 9. Hitler reacciona.....	187
Capítulo 10. La respuesta.....	197
Capítulo 11. París se une al golpe.....	207
Capítulo 12. Intuyendo la catástrofe	213
Capítulo 13. Reunión en La Roche-Guyon.....	221
Capítulo 14. El golpe, aplastado	225
Capítulo 15. La voz del Führer	235
Capítulo 16. La calma llega a París	241
Capítulo 17. Venganza	245
Capítulo 18. El juicio	255
Capítulo 19. Ejecución.....	265
Capítulo 20. ¿Por qué fracasó el golpe?	277
Anexo 1.....	295
Anexo 2.....	297
Anexo 3.....	299
Anexo 4.....	301

Anexo 5.....	303
Anexo 6.....	306
Anexo 7.....	308
Anexo 8.....	309
Anexo 9.....	310
Anexo 10.....	312
Cronología del 20 de julio de 1944.....	317
Los escenarios.....	319
Los protagonistas	325
Filmografía.....	337
Bibliografía	343

Capítulo 5

Los preparativos

En los primeros meses de 1944, la preocupación y el desánimo fueron cundiendo entre los conjurados. Los sucesivos intentos de acabar con la vida de Hitler habían acabado en sendos fracasos; cuando no había fallado el valor del hombre que estaba decidido a atentar contra él, se había producido alguna imprevisible contingencia que había desbaratado el plan. Daba la sensación de que el dictador germano era un coloso indestructible, cuyo aura aniquilaba cualquier intento de destruirle. El convencimiento inconsciente de los conspiradores de que la Providencia estaba de su parte hacía que cada vez fuera más difícil reunir los ánimos suficientes para organizar un nuevo atentado.

Por otro lado, el cerco de la Gestapo se estaba cerrando cada vez más sobre los participantes en el complot. En enero de 1944, la policía de Himmler había detenido a varios miembros de un círculo de opositores cercano a la conjura de Stauffenberg. Afortunadamente para ellos, la Gestapo no logró descubrir los lazos que unían a ambos círculos, pero se extendió la impresión de que en cualquier momento el complot podía ser descubierto. Esta situación llevó a que se extremasen las medidas de seguridad y que

se restringiese el flujo de información. Se impartieron consignas para que, en caso de que alguien cayese en manos de la Gestapo, no facilitase información alguna que pudiera dañar a los implicados en el asunto.

Por último, la situación militar de Alemania iba cada día de mal en peor. El frente oriental amenazaba con quedar roto en cualquier momento y en el frente occidental se esperaba el más que anunciado desembarco aliado en el continente. En la península italiana los alemanes se limitaban a resistir las acometidas anglonorteamericanas, sin la más mínima esperanza de pasar a la ofensiva. En cuanto a la guerra aérea, los aviones aliados encontraban todavía menos oposición en los cielos alemanes y la población civil pagaba las consecuencias padeciendo atroces bombardeos. Esto hacía que los conjurados tuvieran cada vez más difícil obtener algún tipo de apoyo entre los Aliados y, en el caso de que el golpe triunfase, conseguir una paz negociada.

EL “TRABAJO SUCIO”

Así pues, era urgente efectuar el atentado contra Hitler. Stauffenberg llevó a cabo una ingente labor de búsqueda de todo aquél que estuviera en condiciones de poder acercarse al *Führer*, y que pudiera ser receptivo al planteamiento de asesinar al dictador. Uno de los contactados fue el mayor Meichssner, que tenía acceso al Cuartel General en Rastenburg. Stauffenberg intentó convencerle, pues sabía que Meichssner veía con buenos ojos el derrocar violentamente el régimen nazi, pero el mayor no se encontraba en buenas condiciones, al haber comenzado a abusar del alcohol, por lo que declinó la proposición del conde.

Haefen, el ayudante de Stauffenberg, también rechazó la propuesta de llevar a cabo el “trabajo sucio” —el eufemismo con el que se conocía el intento de asesinato—, aduciendo motivos religiosos. En cambio, no eran pocos los oficiales jóvenes que sí que estaban dispuestos a disparar a Hitler, pero no tenían acceso personal al *Führer*, o bien se hallaban destinados en un puesto desde el que era difícil actuar.

Se estudió incluso la posibilidad de preparar una entrevista personal de Hitler con alguno de los conjurados, para asegurar así el éxito de la acción. En este caso, sólo podía conseguirse esa reunión si el que la

solicitaba era un prestigioso jefe militar que tuviera la plena confianza de Hitler, pero no se halló a nadie que encajase en ese perfil.

A la tensión resultante de la falta de resultados esperanzadores en relación al atentado, se unió la que surgía de los distintos planteamientos políticos de los implicados. De manera un tanto surrealista, las discusiones giraban en ocasiones en torno al número de ministerios con el que debía contar el nuevo gobierno, en lugar de sobre la manera más rápida y eficaz de acabar con la vida de Hitler. La tensión se acrecentaba también por la batalla interna que se daba entre el sector “civil” y el “militar”. Por ejemplo, Stauffenberg reclamó para sí una mayor participación en el diseño de la nueva administración, una intención que fue rechazada airadamente por Goerdeler, el futuro canciller, que exigía que fueran los civiles los únicos que se encargasen de las cuestiones políticas. Por otro lado, la figura de Goerdeler también era discutida, puesto que algunos conjurados, como Stauffenberg, no consideraban que tuviera el carisma necesario para presentarse a los alemanes como el nuevo canciller.

Los debates internos entre los conjurados se producían también en otros terrenos. Existía un sector decidido a hacer la paz con los aliados occidentales y a proseguir la guerra contra los soviéticos, y otro a la inversa. Los planteamientos políticos más conservadores tenían a sus partidarios, sobre todo los de más edad, mientras que los oficiales jóvenes, como Stauffenberg, estaban dispuestos a afrontar políticas arriesgadas, incluso de corte revolucionario, para ganarse el apoyo de las masas obreras. Estas discusiones de altura política demostraban que existía una preocupación por diseñar el futuro de Alemania, no sólo por derribar el sistema existente. Pero a la hora de la verdad, estas controversias bizantinas no resolvían los problemas acuciantes a los que tenían que enfrentarse los conjurados, y lo único que lograban era hacer peligrar la solidez del complot.

CONTACTOS CON LOS ALIADOS

Un aspecto importante para los participantes en la conjura era el de las implicaciones exteriores. Era necesario conocer la reacción de británicos y norteamericanos en el caso de que la Alemania surgida del golpe de Estado propusiese el inicio de negociaciones. Stauffenberg conside-

raba que el gobierno de Londres debía estar inquieto ante el amenazador crecimiento del poder de la Unión Soviética y que, por tanto, no vería con malos ojos alcanzar un acuerdo con una Alemania libre del nazismo, para poner freno así a las ambiciones de Moscú.

Aunque se ha especulado con que Stauffenberg sentía simpatía por los soviéticos, y que era partidario de hacer la paz con Stalin antes que con los aliados occidentales —lo que le supuso posteriormente ser considerado como un héroe en la Alemania Oriental—, las investigaciones de los historiadores han demostrado más bien lo contrario. Stauffenberg era partidario de alcanzar un acuerdo con los ingleses y estadounidenses y, de hecho, rechazó alguna sugerencia de colaboración procedente del comité Alemania Libre, controlado totalmente por Moscú.

A través de Suecia, un enviado de los conspiradores, Adam von Trott, tanteó la actitud de los aliados occidentales ante un nuevo gobierno alemán. Las peticiones fueron modestas, como por ejemplo la detención de los bombardeos sobre Berlín si el golpe triunfaba, pero ingleses y norteamericanos, especialmente los primeros, se negaron a cualquier tipo de concesión. Cuando el mensaje llegó a Berlín, los conjurados no quisieron creer que esa intransigencia fuera cierta, y la achacaron a una táctica de jugador de póker. Por ejemplo, Stauffenberg estaba convencido de que Churchill variaría esa postura al vislumbrar la posibilidad de un armisticio en el frente occidental, lo que permitiría que Alemania se centrara en defender el oriental, convirtiéndose así en un dique al expansionismo ruso.

Stauffenberg creía, de forma un tanto ingenua, que los aliados occidentales aceptarían la propuesta de paz del gobierno salido del golpe de Estado, por lo que preparó un documento en el mes de mayo, junto al capitán Kaiser, que recogía un total once puntos con los que sentarse a dialogar con los representantes de Londres y Washington:

1. Cese inmediato de los bombardeos sobre Alemania.
2. Detención de los planes de invasión.
3. Evitar más víctimas.
4. Mantenimiento de la capacidad militar en el este.
5. Renuncia a toda ocupación.
6. Gobierno libre y constitución independiente.
7. Total cooperación para el cumplimiento del armisticio.

8. Delimitación de las fronteras de 1914 en el este, mantenimiento de Austria y de los Sudetes, autonomía para Alsacia y Lorena.

9. Colaboración en la reconstrucción de Europa.

10. Juicio de los criminales contra el pueblo.

11. Recuperación de la dignidad y el respeto.

No está confirmando que este documento llegase a manos de los Aliados, pero no es aventurado suponer que, si la entrega se produjo, la propuesta no mereciera ninguna atención. Estaba claro que después de casi cinco años de lucha y con el Ejército germano en retirada en casi todos los frentes, no podía ponerse punto y final a la contienda premiando a Alemania con la conservación de los territorios ocupados durante su expansión.

Además, la renuncia a cualquier ocupación por parte de los Aliados equivalía a reincidir en el mismo error que se había cometido al final de la Primera Guerra Mundial. Si Stauffenberg era un iluso idealista o, por el contrario, era un hábil negociador al plantear esa oferta de máximos, es algo que no sabemos. De lo que sí estamos seguros es de que los Aliados negaron todo apoyo y ayuda a un levantamiento contra Hitler llevado a cabo por los propios alemanes, pese a que, con total seguridad, el éxito de esa maniobra hubiera salvado miles de vidas británicas y norteamericanas.

“CUESTE LO QUE CUESTE”

A finales de mayo de 1944, se intensificaron aún más los planes para eliminar a Hitler, bajo el impulso del general Olbricht. Se obtuvo una cantidad de explosivo de procedencia alemana, que fue guardada en la casa de Stauffenberg en Berlín. Pero ese explosivo no llegó a utilizarse; se cree que el general Fromm, pese a no formar parte de la conjura, frenó el atentado al pedir a Olbricht tiempo para conseguir el apoyo de más generales.

Entonces sucedió un hecho providencial. Como si la corriente arrastrara nuevamente a Stauffenberg hacia su ineluctable destino, el conde fue propuesto por el general Heinz Guderian para sustituir al general Heusinger en la jefatura de la Sección de Operaciones. El que

Capítulo 9

Hitler reacciona

El golpe de Estado no había comenzado con la fluidez que habían previsto los conjurados. El retraso había sido importante y se había perdido la oportunidad de actuar con el factor sorpresa a favor pero, gracias sobre todo a la fuerza de voluntad de Stauffenberg, se estaba recuperando el tiempo perdido a marchas forzadas y los implicados vislumbraban ya la posibilidad cierta de que su acción pudiera verse culminada con el éxito.

Pero, mientras tanto, ¿qué sucedía en la Guarida del Lobo?

Tras el atentado, Hitler había expresado a todos los que le rodeaban que él ya sabía, desde hacía mucho tiempo, que se estaba preparando un atentado contra él. Rabiosamente, aseguraba una y otra vez que ahora podría descubrir a los traidores y hablaba de los terribles castigos que les esperaban. También agradecía, en cierto modo, el intento de asesinato porque había reforzado su convencimiento de que la Providencia estaba de su parte. Mostraba a todos sus pantalones desgarrados, así como su guerrera con un gran agujero en la espalda, como si se tratasen de la

prueba palpable de que se había “salvado milagrosamente” y que, por lo tanto, era un elegido.

Hay que reconocer que el dictador germano conservaba todavía algo de aquella intuición genial que le había ayudado a ascender de forma irresistible hasta la cúspide del poder. Ante la contrariedad del atentado, por el que se evidenciaba tanto la debilidad del régimen al no haber descubierto la conjura, como la fuerza de la resistencia al haber logrado llegar hasta él, Hitler detectó de manera instantánea las dos grandes oportunidades que se le abrían. Por un lado, podría transmitir a la población germana que su supervivencia era la prueba de su indestructibilidad, y por otro, el atentado era la excusa perfecta para aplastar brutalmente cualquier intento de oponerse al régimen.

Por lo tanto, esa acción que, pese a su fracaso en el objetivo de acabar con la vida del dictador, denotaba que el régimen nazi tenía enfrente enemigos con la capacidad de derribarlo, pasaba a ser un elemento que en realidad iba a ayudar, de forma involuntaria, a apuntalarlo. A la luz de los acontecimientos posteriores, no hay duda de que Hitler acertó en su planteamiento de primera hora, puesto que la resistencia antinazi quedaría prácticamente borrada del mapa y el régimen nazi quedaría firmemente asentado, desplomándose sólo cuando fue derrotado militarmente.

LA VISITA DE MUSSOLINI

El atentado no alteró la agenda de Hitler para ese día. La visita de Mussolini se llevaría a cabo tal como estaba previsto. Hacía exactamente un año que los dos dictadores se habían reunido por última vez, el 20 de julio de 1943 en Feltre, cerca de Bellune, en el norte de Italia. Ahora volvían a verse, pero Mussolini no era ya el Duce de toda Italia, sino de una fantasmal república creada en el norte de la península, la República Social Italiana, controlada por los alemanes.

El intérprete del *Führer*, Paul Schmidt, relató en sus memorias como se desarrolló la entrevista en la Guarida del Lobo. Curiosamente, Schmidt pudo comprobar, muy a su pesar, el reforzamiento de las medidas de seguridad que enseguida se desplegaron en la *Wolfsschanze*;

cuando acudió allí en coche, sin saber que se había producido el atentado, fue detenido en la primera barrera:

—Aunque el mismo emperador de la China le hubiese dado un salvoconducto, no podría dejarle pasar —le dijo el centinela.

—Pero ustedes ya me conocen —protestó Schmidt—, soy el intérprete del Ministerio y tengo orden de presentarme en el apeadero a las tres de la tarde, hora en que llegará una visita. ¿Por qué no puedo pasar?

—Por el *acontecimiento* —respondió el soldado de forma lacónica.

El intérprete insistió en que tenía que entrar, hasta que el centinela se decidió a telefonar al oficial de guardia. Luego le dejó pasar.

Schmidt no se enteraría del *acontecimiento* al que hacía referencia el soldado hasta que, ya en el apeadero, habló personalmente con el médico de Hitler, quien le relató los pormenores del suceso.

—Parece que ni siquiera se ha alarmado —le explicó el doctor—. Cuando lo examiné para ver si tenía alguna lesión interior, su pulso estaba completamente tranquilo, y tan normal como los días anteriores.

Cuando el médico iba a proporcionarle más detalles, Hitler se presentó en la estación. Según Schmidt, nada en su aspecto exterior denotaba lo ocurrido tan sólo dos horas antes. Unos minutos más tarde, cuando llegó Mussolini, sí que advirtió las secuelas, pues dio al Duce la mano izquierda para saludarle, y luego se fijó en se movía con mucha lentitud y que le costaba trabajo levantar el brazo derecho. Mussolini no sabía tampoco absolutamente nada sobre el atentado, y se enteró por boca de Hitler, quedándose lívido al momento.

Hitler y Mussolini cubrieron a pie los escasos centenares de metros que separaban la estación de los barracones y búnkers del Cuartel General. Durante el paseo el dictador germano refirió al italiano lo sucedido. Al intérprete le sorprendió el monótono tono de voz empleado por Hitler, mientras en el rostro de Mussolini se dibujaba el terror que le producía el que hubiera sido posible sufrir un intento de asesinato en un lugar tan aparentemente seguro como ése. Quizás estaba pensando en que eso mismo le podía ocurrir a él.

El *Duce* miraba aún al *Führer* con ojos desorbitados cuando ambos entraron en el barracón en el que se había producido la explosión. La puerta que daba a la sala de conferencias estaba destrozada, y la estan-



Hitler y Mussolini, sonrientes, en una visita a Munich en 1940. El encuentro entre ambos del 20 de julio se celebraría en unas circunstancias muy diferentes.

cia misma aparecía totalmente devastada, como si hubiera caído sobre ella una bomba de aviación de gran calibre.

Las mesas y las sillas estaban reducidas a astillas. Las vigas se habían desplomado y las ventanas, junto a sus marcos, habían sido proyectadas al exterior. La gran mesa de mapas, que en último término había salvado la vida al *Führer*, no era ya más que un montón de tablas destrozadas.

—Aquí fue —dijo Hitler tranquilamente—. Aquí, junto a esta mesa, estaba yo de pie. Así me hallaba, con el brazo derecho apoyado en la mesa, mirando el mapa, cuando de pronto el tablero de la mesa fue lanzado contra mí y me empujó hacia arriba el brazo derecho —hizo una pausa—. Aquí, a mis propios pies, estalló la bomba.

Según el intérprete, Hitler explicaba el hecho indiferente y como aborto, de una manera bastante extraña. Mussolini, lleno de terror incrédulo, no hacía más que mover la cabeza.

Después, Hitler le enseñó el uniforme que llevaba en el momento de la explosión, que aparecía destrozado por la presión del aire, y le señaló un punto de la nuca en donde tenía el pelo chamuscado.

Los dos dictadores permanecieron un largo rato sin decir nada. Después Hitler se sentó sobre un cajón vuelto hacia abajo y el intérprete fue en busca de una de las pocas sillas que quedaban intactas para que Mussolini pudiera también sentarse.

—Cuando me represento toda la escena de nuevo —dijo Hitler en un tono muy bajo— comprendo, por mi salvación milagrosa, que mi destino es que no me suceda nada, ya que ésta no es la primera vez que escapo a la muerte de manera tan providencial. Otros que estaban en esta sala han resultado gravemente heridos y uno incluso fue lanzado a través de la ventana por la onda expansiva.

Estas palabras impresionaron mucho a Mussolini. Hitler prosiguió con su monólogo:

—Después de librarme hoy de este peligro de muerte tan inmediato, estoy más convencido que nunca que mi destino consiste en llevar a cabo felizmente nuestra gran causa común —el *Duce* asintió con la cabeza—. Después de lo sucedido —dijo señalando los escombros—, estoy plenamente convencido de ello, lo mismo que usted. ¡Ésta es una inequívoca señal del cielo!

Durante unos minutos, los dos autócratas estuvieron allí sentados en silencio, en medio de los escombros. Al cabo de un rato, Mussolini felicitó a su anfitrión por haberse salvado de forma tan milagrosa.

Al fin se levantaron, dirigiéndose a uno de los refugios, para cambiar impresiones. Según Schmidt, la conversación de ambos fue tranquila e insignificante, como una especie de despedida. Quizás ambos intuían que ésa era la última vez que se veían, como así fue. Pero Hitler no mantendría esa calma durante mucho tiempo.

REUNIÓN EN EL BUNKER

En el transcurso de la tarde aflorarían en el dictador alemán los nervios reprimidos tras el traumático suceso. Sobre las cinco, Hitler se presentó con Mussolini en su búnker. Allí estaban el ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop y el jefe de la Marina de guerra, el almirante Karl Doenitz, además de Goering, Keitel y Jodl.

La conversación comenzó siendo distendida, en torno a la Providencia que había permitido al *Führer* seguir con vida para cumplir con su misión al frente de Alemania. Pero conforme avanzaba la conversación fueron deslizándose veladas acusaciones entre los contertulios, que poco a poco dejaron de ser sutiles para convertirse en explícitas e hirientes.

Doenitz, con el apoyo de Goering, acusó al Ejército de traidor, para criticar después a la *Luftwaffe* su falta de actividad, lo que enojó al obeso mariscal del Reich. Goering pagó finalmente su enfado con Ribbentrop, al que reprochó su fracasada política exterior, tachándolo de “vendedor de champán” —su actividad anterior a su carrera política— y llegando a amenazarle con su bastón de mariscal.

Mientras se desarrollaba esta lamentable escena, Hitler permanecía hundido en su mullido sillón, manteniendo en la boca una pastilla que le había proporcionado el doctor Morell, mentalmente ausente de esa trifulca entre los jerifaltes del Tercer Reich, y de la que era perplejo testigo el dictador italiano.

Pero cuando uno de los presentes se refirió al asunto de Ernst Röhm y la consiguiente *noche de los cuchillos largos*, en la que las SS ajustaron cuentas pendientes con las SA, Hitler saltó como un resorte. Se puso de pie con una inesperada agilidad y, recordando aquel episodio, bramó asegurando que el juicio que organizó contra aquellos traidores no sería nada comparado con el que le esperaba a los que habían intentado matarle unas horas antes.

El diálogo que hasta ese momento habían mantenido los presentes se convirtió en un largo monólogo que nadie se atrevía a interrumpir, en el que Hitler, fuera de sí, juraba una y otra vez que exterminaría a los culpables, pero también a sus mujeres y a sus hijos. Palabras como sangre, venganza, horca o muerte salían como un torrente de la boca crispada del *Führer*, mientras los criados de las SS, silenciosamente, seguían sirviendo tazas de té.

A las 16.10, el mariscal Keitel dio cuenta al *Führer* de la conversación que acababa de mantener con el general Fromm sobre el atentado, y le comunicó que Stauffenberg aún no había regresado a Berlín. También le explicó que había hablado con Goebbels y que éste le había dicho que todo estaba tranquilo en la capital, pero Keitel añadió que en



Hitler muestra al *Duce* el estado en el que había quedado la sala y Mussolini, estupefacto comprueba los efectos de la explosión en el barracón de conferencias. Luego, ambos dictadores permanecieron sentados entre los escombros largo rato, sin pronunciar palabra.



la Bendlerstrasse había un grupo de oficiales que estaban propagando el rumor de que el *Führer* había muerto.

Las peticiones de aclaración arreciaron sobre el Cuartel General cada vez en mayor número y más apremiantes. Los comandantes en jefe de los frentes y los jefes de las regiones militares querían oír del propio Keitel o del general Jodl la confirmación del fracaso del atentado. Mientras tanto, llegó desde Berlín la noticia de que se había lanzado el Plan Valkiria, lo que produjo gran inquietud. El mariscal Keitel trató de anular estas medidas de excepción, pero no pudo comunicar con los generales Fromm u Olbricht.

Con la llegada de este dato, el nerviosismo aumentaría en la *Wolfsschanze*, donde Himmler decidió incrementar aún más las medidas de vigilancia, ordenando que una compañía de las SS acudiese desde su cuartel en Rastenburg. Sin embargo, al estar compuesta por reclutas, la llegada de esta compañía tan sólo contribuiría a aumentar la confusión en el Cuartel General.

Sobre las cinco y media, Hitler hizo llamar a Goebbels al teléfono y le ordenó que emitiese por la radio una comunicación en la que se precisase que el atentado era obra de una pequeña camarilla de oficiales ambiciosos y criminales, y que el *Führer* se encontraba sano y salvo y en compañía del *Duce*. Otra orden de Hitler fue la de nombrar a Heinrich Himmler jefe del Ejército del Interior, en sustitución del general Fromm.

Durante esa tarde, Hitler no dejaría de manifestar su cólera contra el Ejército, que consideraba en su conjunto reacio a seguir sus directrices. Pero afirmaría también que ese estado de cosas cambiaría en breve; la primera medida, tomada en esos mismos momentos, fue decidir la sustitución del jefe del Estado Mayor General, el general Zeitzler, cuya cooperación con Hitler no era demasiado entusiasta, por el general Heinz Guderian, que fue reclamado con urgencia con el propósito de meter en cintura al Estado Mayor.

El jefe de las SS, Heinrich Himmler, fue nombrado de inmediato por Hitler jefe del Ejército del Interior en sustitución de Fromm, con plenos poderes para reprimir el golpe que estaba desarrollándose en esos momentos en Berlín.

Capítulo 18

El juicio

El Tribunal del Pueblo entró en funciones el 7 de agosto de 1944 para juzgar a ocho encausados por el complot del 20 de julio. Estos eran Witzleben, Stieff, Von Hase, Hagen, Bernardis, Klausling, Yorck y Hoepner. Ese caluroso día, a media mañana, los acusados fueron arrastrados por parejas de policías por la larga sala rectangular en donde se iba a desarrollar el juicio, adornada por los bustos de Hitler y de Federico el Grande, y tres grandes banderas con la esvástica. Debido al calor, las cinco ventanas altas de una de las paredes estaban completamente abiertas.

Freisler, envuelto en una voluminosa toga color burdeos, observó con una media sonrisa la entrada de esos ocho hombres que ofrecían un estado deplorable, en raídas ropas de paisano y sin afeitar. En la sala había ocho abogados de la “defensa” con togas negras. Unos doscientos espectadores, en su mayoría funcionarios, así como los periodistas escogidos por Goebbels, serían testigos de la farsa de juicio que estaba a punto de iniciarse.



Imagen de uno de los numerosos juicios contra los implicados en el golpe. Esta corresponde a uno celebrado en septiembre de 1944.

Después de llegar al sitio que debían ocupar durante la sesión, cada acusado tenía que adelantarse para ser identificado, escoltado por sus dos policías. El mariscal Witzleben fue el primero; en cuanto oyó su nombre se levantó de su asiento y de forma mecánica esbozó un saludo con la mano derecha. Freisler no tardó ni un segundo en estrenarse en su misión de humillar a los acusados:

—¿Qué derecho tiene usted, dada su situación, a usar el sagrado saludo de la causa que ha traicionado?

Witzleben, confuso, no supo responder nada. Los demás, conforme se fueron identificando, fueron recibiendo sendos comentarios vitriólicos del juez, destinados a minar su ya escasa moral.

El primero en ser interrogado por el juez fue Stieff. Su aspecto era penoso; sin corbata ni cinturón y el pelo echado hacia atrás pegado por el sudor. Su rostro denotaba el desgaste padecido por los largos interrogatorios; estaba demacrado y tenía los ojos hundidos y su nariz subía y bajaba nerviosamente. Las ardientes lámparas situadas en la sala para las

cámaras cinematográficas, y que le enfocaban directamente, le forzaban a entornar los ojos.

Reseñar el inicio de su interrogatorio es suficiente para ilustrar hasta qué punto Freisler estaba dispuesto a satisfacer a Hitler, reduciendo a los acusados a carne picada:

—Supongo que no exagero —dijo Freisler— si afirmo que todo lo que dijo en principio a la policía era mentira. ¿Es así?

—Bueno, yo...

—¿Sí o no? —rugió el juez—. ¡Responda a eso!

—No mencioné ciertas cuestiones... —admitió Stieff.

—¿Sí o no? ¿Mintió o dijo la verdad? —Freisler hizo una pausa— ¿Está despierto?

—Dije toda la verdad... posteriormente —contestó Stieff sin dar muestras de nerviosismo.

—¡Le he preguntado si dijo toda la verdad durante el primer interrogatorio policial!

—En esa ocasión —acabó por admitir Stieff— no dije toda la verdad.

—Muy bien, entonces —sonrió Freisler triunfante—. Si usted, Stieff, tuviera algo de valor, me habría respondido directamente: “Les dije una sarta de mentiras”.

El diálogo entre juez y acusado siguió la misma dinámica, en la que Freisler aprovechó cualquier pequeña oportunidad para ridiculizar e insultar a Stieff. Freisler reprochó duramente a Stieff “no haber derribado de un puñetazo” al primer conspirador que le habló del complot. De todos modos, Stieff conseguiría mantenerse erguido y hasta cierto punto desafiante ante los cada vez más estentóreos bramidos del juez, que provocaron que el cámara tuviera que advertirle que estaba destrozando la banda sonora de la grabación.

Después de verter sobre Stieff todo tipo de groserías y sarcasmos, Freisler concluyó repentinamente, despidiendo al acusado como indigno de seguir siendo interrogado.